

Iritzia

Behatokia

POR Koldo Mediavilla



¿De qué se ríe Tsipras?

La imagen es primordial. El porte 'casual' comenzó con Obama, siguió con Renzi y se impone. Pero lo que más atrae de Tsipras es su aspecto risueño. Ahora bien, ¿de qué se ríe?

HAY gente que tiene un don. Hay quienes, por suerte o por desgracia de sus rasgos faciales o por su lenguaje corporal, encuentran con naturalidad la empatía de los demás. O, por el contrario generan un rechazo emocional difícilmente argumentable.

Lo que de natural existe, hay quien lo trabaja. Se trata de técnicas de comunicación que cultivan la fotogenia o la telegenia. Que la cámara te quiera, que cautives a la audiencia con un solo gesto y que, sin aguardar al mensaje que se transmite, el espectador ya tenga una receptividad positiva de quien se presenta ante el público.

En un proceso comunicativo, el 55% de la audiencia retiene las sensaciones del lenguaje no verbal. El 38% se fija en el tono del orador y solamente el 7% valora el contenido de lo dicho. Es decir, que pese a que todos nos consideremos muy maduros y reflexivos, la forma y no el contenido influye sustancialmente en la construcción de nuestras percepciones cognoscitivas.

Viene este rollo a colación de la imagen general que en torno al grave problema griego nos hemos conformado colectivamente. Transcurrida una semana desde la celebración del referéndum y a escasas horas de que expire el plazo para que se clarifique el futuro de aquel país en el entorno europeo, la gran mayoría

de la opinión pública de nuestro entorno muestra una cierta simpatía hacia la posición griega. Tal vez por su imagen de víctima frente a la poderosa Europa. Quizá por la simplificación del mensaje que los medios de comunicación han trasladado en relación al contenido. O, a lo mejor, por la simpatía y candidez de la imagen desprendida por su primer ministro Alexis Tsipras.

La imagen tiene un valor primordial en la comunicación política y los nuevos dirigentes surgidos de movimientos populares —aquí y allá— han sabido exprimir estupendamente ese valor, desatendiendo injustamente por quienes representan o han representado el poder tradicional. El porte casual de Tsipras, de camisa blanca remangada y americana (Pablo Iglesias debe tener un ropero repleto de camisas grises) comenzó con Obama, siguió con Renzi en Italia y se ha impuesto en todas partes. Pero el vestuario no lo es todo. Lo que más atrae del dirigente griego es su permanente aspecto risueño.

Ahora bien, ¿de qué se ríe Tsipras? Para ser justos, habrá que decir que el líder de Syriza poca responsabilidad tiene en el saqueo público que ha llevado a Grecia al filo mismo del precipicio. Fueron los gobiernos predecesores de Tsipras los que condujeron al país al desastre. Sin embargo, Tsipras ha tenido ya cinco meses para reconducir la situación y buscar un acuerdo con quienes han prestado a los griegos miles de millones de euros de sus propias reservas y lo más que ha hecho es perder el tiempo hasta que los bancos han tenido que cerrar por falta de liquidez.

Sonríe porque su incapacidad para alcanzar un acuerdo encontró en el regate corto de un referéndum inservible la estrategia perfecta para eludir su responsabilidad y traspasarla al conjunto de su ciudadanía. Porque su "cuestión de dignidad nacional", convertida en bofetada a la Unión Europea, consiguió un respaldo mayoritario. Y, además, que no es poco, el aplauso de la extrema derecha. De Amanecer Dorado, de sus socios *independientes* homófobos que gestionan el departamento de Defensa. Y también del Frente Nacional de Marie Le Pen, de los comunistas o del mismísimo Vladimir Putin.

La tragedia griega no puede acabar en catástrofe. Porque ni Europa ni los gobiernos europeos son enemigos de Grecia. Es cierto que han sido muchos los esfuerzos que la ciudadanía helena ha tenido que acometer para ajustar el pago de su deuda. Es cierto que los impuestos han subido, que el paro ronda el 30%, pero dicho desempleo procede del sector privado, no del gigantesco sector público que

hace mucho tiempo que no funciona y ha devorado cantidades inmensas de recursos económicos dilapidados por el clientelismo y la corrupción. Un sector público al que las reformas y el adelgazamiento no han llegado. Tsipras apareció risueño en el Parlamento Europeo. Su discurso, otra vez, fue más dirigido a sus compatriotas que a la Eurocámara. Pero allí el contenido del discurso fue más tenido en cuenta que la pura imagen. Y el primer ministro griego tuvo que oír lo que no quería; Acabar con el sistema clientelista, reducir el sector público y transformar banca pública en banca privada, abrir los mercados, liberalizar sectores, acabar con los privilegios de determinados sectores: armadores, militares, partidos políticos, iglesia ortodoxa...

La voz más nítida escuchada en Estrasburgo fue la del líder de los liberales y demócratas europeos, Güly Verhofstadt: "Durante cinco años nos hemos encaminado como sonámbulos hacia un *Grexit* (salida de Grecia de la zona euro) con la ayuda y el apoyo de la extrema derecha", advirtió. "Y durante los últimos meses —apuntó al líder de Syriza— hemos corrido hacia un *Grexit* con su protagonismo. No es usted ni nosotros quienes vamos a pagar la factura, son los ciudadanos griegos normales los que correrán con la factura de un *Grexit*. Sea usted, señor primer ministro, un verdadero revolucionario y termine con los privilegios en su país".

Ningún estadista democrático desea someter a sus administrados al sufrimiento. Ni los mandatarios propios ni los ajenos. No es cierto que Merkel pretenda el desconsuelo y la angustia de los ciudadanos helenos. Grecia necesita un nuevo rescate de fondos europeos. Pero nadie está en disposición de ofrecer más crédito si no hay una firme voluntad y un compromiso de que las autoridades de Atenas

La petición socorrida a la solidaridad ajena sin atender los problemas estructurales que provocan la inviabilidad de proyectos políticos, nos acerca también al horizonte vasco y al conjunto del Estado

devolverán en tiempo y forma parte de la deuda pendiente de pago. Para ello, Grecia necesita comenzar a crecer económicamente eliminando gastos inútiles y aplicando reformas estructurales que incentiven la iniciativa privada. Para pasar del subsidio al empleo. No es tarea fácil. Pero es la única vía. Salirse del euro supondría una catástrofe añadida. Un aislamiento y un empobrecimiento insostenible. Manejar esa hipótesis ya no es una mueca o una impostura. Es simplemente un suicidio. Por eso, no sé bien de qué se ríe Tsipras. El impago griego, la petición socorrida a la solidaridad ajena sin atender los problemas estructurales que provocan la inviabilidad de proyectos políticos, nos acerca también al horizonte vasco y al conjunto del Estado. Desde hace tiempo, venía larvándose en el conjunto de España el discurso de que los vascos éramos insolitarios con las comunidades autónomas de menor PIB que la nuestra. Que nuestros "privilegios"—el Concierto y el Convenio—desatendían las necesidades "comunes" de un Estado igualitario.

Este ruido soterrado comienza a tener aire articulado y ya han sido varias las formaciones políticas —en su día UPyD, ahora Ciudadanos, el PP de Cifuentes y hasta algunos círculos de Podemos— las que han cuestionado abiertamente el Concierto Económico. El ministro Montoro ha matizado. El Concierto no está en riesgo. De lo que "hay que hablar" es del Cupo. Y vuelve la burra al trigo. Que los vascos paguen más. Que para eso son más ricos, tienen menos paro, están más saneados...

¿Por qué? ¿Porque el sistema es injusto? ¿Porque el Estado invierte en Euskadi por las competencias no asumidas más que el 6,24% establecido? (ja, ja). ¿Porque tenemos que contribuir a reducir el déficit que no hemos creado? Con todas las distancias, uno entiende mejor a Merkel y a los alemanes cuando escucha determinados alegatos que se pronuncian en España. Ya no es simple imagen o posturo. Cuando se oye hablar de reforma constitucional, de "federalismo igualitario" o de una nueva financiación para todos, a los vascos nos va a tocar sacar los sacos terrores para defender lo que es nuestro. Que nadie olvide que el Concierto Económico (el Convenio navarro) es, quizá, el último punto de soldadura que nos mantiene en convivencia con el Estado. Los hilvanes de unas costuras frágiles que sostienen el actual encaje institucional. Espero que el mensaje se entienda. Aunque se tenga que explicar estilo *casual* o con uniforme de campaña.